MOMENTOS INCÓMODOS

M. M. Castellano

Image not found.

Capítulo 1

MOMENTOS INCÓMODOS

Normalmente, cuando nos referimos a este tipo de situaciones, solemos hacer referencia a unas escenas concretas. Uno de los ejemplos más representativos es el de saludar a alguien por la calle y no obtener respuesta. O la variante de decir «Hola» cuando la otra persona opta por el «Hasta luego». Por supuesto que no son momentos en los que se piensa «Tierra trágame», eso lo dejamos para cuando vamos a pagar y se nos ha olvidado la cartera en casa. Sin embargo, no quita para que al menos nos resulten mínimamente incómodos.

Por otro lado, existen momentos en los que, sin llegar a suponer una experiencia traumática en nuestras vidas, sí que nos hacen desear volver a casa y no salir en una semana. Ahora mismo, por ejemplo, voy en el tren y me dedico a escribir para hacer el trayecto más ameno. Sin embargo, me encuentro en una posición incómoda. ¿Qué por qué? Llevo a una señora roncándome en la oreja, invadiendo mi espacio personal e impidiendo que apoye el codo en el reposabrazos. Estoy desconcertada. No me atrevo a intentar apartarla con tal de no obtener un efecto rebote y que continúe en su avanzadilla hacia mi asiento. Sólo trato de hacer un poco de presión con el brazo, a modo de barrera de seguridad.

Nada, esta señora no se cosca. Encima lleva puesto un chaquetón de estos voluminosos. En la página web de Zara lo catalogan como plumífero. Un plumón, para que me entendáis. Esto significa que ocupa el doble de su tamaño y la hace inmune a cualquier empujón y/o ligero codazo, lo que complica aun más cualquier maniobra.

He optado por poner el tamaño de la fuente al 200%, así lo mismo lee lo que estoy escribiendo sobre ella y se aparta inmediatamente. SEÑORA, APÁRTESE Y RONQUE HACIA OTRA DIRECCIÓN. Nada, que no hay manera. En fin, seguiremos informando.

Esta situación me hace pensar en otros momentos que nos producen esta sensación de no saber muy bien qué hacer o cómo comportarnos. En resumen, circunstancias que nos hacen sentir idiotas. En mi caso, suelen estar relacionadas con los baños públicos y más en concreto, mientras espero a que sea mi turno para entrar. Y digo esto porque ya son demasiadas las ocasiones en las que me he pasado 15 minutos esperando fuera para después de darme cuenta de que no había nadie dentro.

¿Qué trabajo cuesta tocar a la puerta y preguntar? Parece ser que mucho. Y bueno, si una va sola, suelta un par de blasfemias y todo solucionado. Lo malo es cuando has provocado una aglomeración de personas esperando detrás de ti. Ese momento en el que te acercas a la puerta, la

abres y compruebas que el baño está vacío es mágico. ¿Con qué cara les dices a los demás que estaban esperando para nada? Con cara de mema, eso por descontado. No se sabe si reír o si entrar directamente sin mediar palabra. Mejor lo segundo. Y cuando toca salir, mejor hacerlo a ritmo maratoniano y sin mantener contacto visual con nadie.

Noticias de última hora: el trayecto ferroviario se complica. No solo la señora sigue apoyada en mi hombro, sino que se ha unido a la fiesta un bebé con hambre. O con caca. O pipí. O dolor de dientes. Con ellos nunca se sabe. O lo mismo está hasta las narices de que su madre no pare de poner vídeos de Youtube a todo volumen en lugar de utilizar los auriculares de última generación que ofrecen en el tren. El caso es que la criatura no para de llorar y el volumen va *in crescendo*. Y ni por esas se despierta mi amiga.

Es que me tenía que haber ido al coche de silencio, que siempre me pasa igual. Me dejo cautivar por la idea de seleccionar un asiento con mesa, que no vaya de espaldas al sentido de la marcha y en el coche menos concurrido, y luego sufro las consecuencias de ir de listilla.

La situación solo podría empeorar si mi estómago empezara a rugir. Sí, es algo que nos suele incomodar mucho a todos. No digáis que no. Yo creo que lo que más nos abochorna no es el ruido en sí, que en parte también, sobre todo cuando estamos en un ambiente silencioso. Sin embargo, lo que verdaderamente nos importa es lo que pensarán los demás. Y más aun: la causa que atribuyan al rugido. Lo más frecuente es que sea una manifestación de hambre, pero puede que las mentes más calenturientas se dirijan hacia otras direcciones algo más escatológicas. Precisamente por todo esto, cuando nos sucede algo así solemos poner pies en polvorosa. O al menos desviar la atención con algo de tos.

Para finalizar, me congratula informar que la señora ya se ha despertado y el bebé ha parado de llorar. Hemos llegado a la estación. A pesar de las complicaciones, no se ha dado mal del todo el viaje. He tenido temática para escribir y encima me llevo unos auriculares a casa. ¿Qué más se puede pedir? Encima he practicado incluso algo de ejercicio, que después de presionar con el brazo durante dos horas para no ser invadida, tengo un tríceps que ni Lydia Valentín. Para que luego digan que los viajen en tren son aburridos.